

SERMON 2.º

PARA EL DIA

DE LA ADORACION DE LOS SANTOS REYES.

*¿Ubi est qui natus est rex Judæorum?
Vidimus enim stellam ejus in Oriente, et
venimus adorare eum.*

¿Donde está el rey de los judios que
ha nacido? Hemos visto su estrella en el
Oriente y venimos á adorarle.

Math. cap. II, v. 2.

Tuvieron cumplimiento M. A. O. los vaticinios del Testamento-antiguo: realizáronse los deseos de los Patriarcas y demas justos. El inspirado Profeta de los Salmos habia declarado los caractéres que habian de adornar al deseado de las gentes, al Divino Mesías, libertador de la raza proscripta, del padre prevaricador: penetrando por medio de los tiempos, habia saludado con sonoro acento y dulce melodía á aquel que siendo Dios habia de hacerse hombre, que siendo Rey habia de aparecer como vasallo, que siendo poderoso en obras y palabras, habia de nacer en la mayor pobreza, y que siendo, en suma, la santidad por esencia, habia de presentarse al mundo con el

hábito de pecador. Lleno de regocijo al contemplar que á través de su humilde nacimiento habia de ser reconocido y adorado por las potestades de la tierra, esclama entusiasmado: «En su presencia se postrarán »los de Ethiopia y sus enemigos besarán la tierra. »Los reyes de Tharsis y las islas le ofrecerán dones: »los reyes de Arabia y de Sabá le traerán presentes, »y le adorarán todos los reyes de la tierra, y le »servirán las naciones, y él dispensará sus beneficios »al pobre y al desvalido (1).» Y convidando despues á todas las naciones á postrarse ante el dueño del Universo, á bendecir su nombre escelso, á cantar sus maravillas y á rendirle homenaje de respeto y de gratitud: «Tributad, esclama, tributad al Señor »gloria y honor... Conmuévase toda la tierra á su »presencia... Alégrense los cielos y regocijese la »tierra; conmuévase el mar y su plenitud. Se go- »zarán los campos y todas las cosas que en ellos »hay: hasta los árboles de las selvas se regocijarán »á la llegada del Señor, porque viene á juzgar á »la tierra con equidad y con justicia (2).»

¿Quién puede dudar, que el vaticinio del coronado Profeta empezó á cumplirse en Jesucristo recién nacido? *Los reyes de Tharsis le ofrecerán dones: los reyes de Arabia y de Sabá le traerán presentes.* Los Magos que guiados por la luz de una misteriosa estrella, entran en Jerusalem preguntando por el rey de los judios que ha nacido, y que habiéndole encontrado en un mísero albergue, reclinada su divina cabeza en humildes pajas, envuelto en pobres pañales, le reconocen y postrándose en su presencia

(1) Psalm. LXXI.

(2) Psalm. XCV.

le adoran, ofreciéndole dones, realizan la prediccion de David. Jesucristo que mas tarde reinando desde la cruz habia de atraer á sí los pueblos y naciones, es adorado en su misma cuna, no solo por los sencillos pastores á quienes se les anuncia la grata nueva por ministerio de un ángel, sino hasta por reyes venidos del Oriente que á su presencia deponen sus coronas y le reconocen como Dios, como Hombre y como Rey.

Vamos pues á fijar nuestra vista en estos dichosos personajes, primeros entre los gentiles que se convirtieron á Dios, y examinando el trozo del Evangelio de San Mateo, en el que se nos refiere la venida de los Santos Reyes á Belén, para buscar y adorar al Mesías, encontraremos una leccion de la mayor importancia que debe llamar nuestra particular atencion. ¿Qué necesitaron para abandonar sus estados y emprender un tan dilatado viaje? Tan solamente la aparicion de la estrella y una inspiracion divina. *Dios nos llama á sí continuamente, y nosotros á imitacion de los Magos, debemos acudir presurosos á tan divino llamamiento: medio de labrar nuestra dicha en el tiempo y nuestra corona en la inmortalidad.*

Tal vá á ser el asunto del presente discurso, para cuyo acertado desempeño, impetraremos los auxilios de la Divina gracia, por la intercesion poderosa de la Santísima Virgen. *Ave Maria.*

PARTE ÚNICA.

Dios, cuyas misericordias no tienen número, nos ha dispensado el gran beneficio de llamarnos al seno

de la verdadera Iglesia, concediéndonos el don inestimable de la fé, y haciéndonos participantes de los Santos Sacramentos. ¿Y correspondemos M. A. O. á esta gracia especial? ¡Ah! Que embriagados á veces por el envenenado licor de las pasiones mundanales, seducidos por la engañosa decoracion que la sociedad presenta á nuestra vista, nos dejamos arrastrar á una vida mas bien gentílica que cristiana. Para que conozcamos que obrar de tal modo es el colmo de la ingratitud, consideremos qué seriamos y qué podriamos esperar si el Señor no nos hubiese llamado á formar parte de su escogido pueblo. No tendríamos conocimiento del verdadero Dios: las altísimas nociones de su providencia y de su justicia, serian para nosotros un profundo caos de confusion, seriamos idólatras, y no habiendo sido regenerados por el agua sacrosanta del Bautismo, no podriamos esperar el ser moradores de la Gloria. Es constante el oráculo divino: *Nisi quis renatus fuerit ex aqua, et Spiritu Sancto, non potest introire in regnum Dei* (1). Estamos, pues, gracias á la bondad de Dios en el centro de la verdad, pero aun asi no nos vemos libres de peligros: la concupiscencia trabaja de continuo por separarnos del camino de la rectitud queriéndonos hacer amar con preferencia á las cosas eternas, las temporales y sensibles al tiempo mismo que el error procura deslumbrarnos con la luz de la falsa ciencia, para alejarnos de la verdadera luz que es Jesucristo, que descendió del cielo á la tierra para iluminar á todo hombre que viene á este mundo (2).

(1) Joan. cap. III, v. 5.

(2) *Erat lux vera, quæ illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum.* Joan. cap. I, v. 9.

Ahora bien, cuando débiles nos estraviamos del redil, el buen Pastor que dió su vida por nosotros nos llama con silvos amorosos, y por la brillante estrella de la inspiracion quiere conducirnos á Él. Dando oídos á estos silvos: fijando la vista atentamente en esta estrella, se convirtieron en santos, grandes pecadores: la voz de Dios hizo de Saulo, perseguidor de los cristianos, un vaso de eleccion y un Apóstol celosísimo. La inspiracion hizo de san Agustin, matriculado en la escuela del error, una lumbrera de la Iglesia. Pero ¡cuántos dejan pasar desapercibidos los llamamientos del Señor! Fijemos nuestra atencion en el Oriente, y de aquellos Magos que siguiendo el rumbo de la misteriosa estrella, buscaron á Jesucristo para adorarle, aprenderemos nosotros á corresponder debidamente á los divinos llamamientos.

La estrella que apareció en Oriente, ¿sería visible tan solamente para los reyes Magos? Es de suponer que no, y que otros muchos la verian no teniendo ánimos para seguir su curso. Los Magos que fueron inspirados para que conociesen el significado de su aparicion, abandonaron con prontitud sus estados y emprendieron el dilatado y penoso viaje. ¡Suerte bien diversa! Mientras los otros permanecieron en la oscuridad de sus errores, ellos fueron felices, teniendo la gloria de ser los primeros gentiles que se convirtieron á Dios. Fijad vuestra vista, vosotros los que resistís á las saludables inspiraciones de la gracia. Tal vez se reirian mucho de la credulidad de los piadosos Monarcas, pero esto no pudo servirles de rémora ú obstáculo. Esos respetos humanos que os detienen en el camino del bien, ese *que dirán*, que os hace ocultaros de los hom-

bres al ejercitar alguna buena obra, no sirvió para que en ello pararan mientes los Santos Reyes. Antes por el contrario guiados más que por el resplandor de la estrella por los auxilios de la gracia, emprenden sus jornadas hasta llegar á Jerusalem. Allí creyeron haber llegado al término de su viaje. ¿Qué cosa mas natural que en aquella populosa capital se hubiese verificado el nacimiento del magnífico Rey? Por esto llenos de entusiasmo, guiados por la fé, animados por el fuego de la caridad que ardía en sus corazones, preguntan á grandes voces: *¿donde está el que ha nacido Rey de los judios?* Y dan la razón de buscarle: *Hemos visto su estrella en el Oriente y venimos á adorarle.* Cuando Herodes usurpador del trono, tuvo noticia de la llegada de los Magos, se turbó y toda Jerusalem con él, y congregando á todos los Príncipes de los Sacerdotes y Doctores del pueblo hebreo, les preguntó donde naceria Cristo. A lo cual le respondieron que en Belén de Judá, segun estaba escrito por el Profeta con estas palabras: «Tú Belén, pueblo de Judá, de ningun modo eres la mínima entre sus principales ciudades, porque de tí saldrá el Capitan que rija á mi pueblo.» El infame Herodes lleno de rabia y desesperacion concibió en el instante los mas criminales proyectos, y encubriéndolos con la mas refinada hipocresía, id, les dijo, y preguntad diligentemente donde está el Niño, y cuando le halleis, dadme aviso para que yo tambien pase á adorarle. ¿Preguntais por ventura vosotros, dónde se halla Jesucristo? ¿Deseais saber el lugar en que podreis encontrarle? Fácil es que lo descubrais. No es una estrella de brillantes resplandores la que se os presenta y os lo ha de hacer

descubrir. ¿No sentís remordimientos de conciencia cuando practicáis el mal? ¿No es cierto que cuando os halláis entregados á los placeres, se presenta ante vuestra vista la pobreza de aquel á cuya ruina cooperásteis por vuestra desmedida usura? ¿No os turba la memoria de vuestros pasados extravíos? Cuando oís la campana del santuario ¿no recordáis vuestra dejadez para el cumplimiento de la ley y vuestras malas costumbres? Pues bien todo esto que son gracias interiores, son otras tantas estrellas que os quieren llevar á Jesucristo. Aun hay mas M. A. O. cuando ningun efecto producen en el cristiano estas gracias, el Señor, que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y que viva, le auxilia con nueva estrella, con otras gracias, que nuestra ceguedad nos hace creer males que deploramos. Dios es el Padre de todas las criaturas, y si en el órden natural no es fácil encontrar un padre que se complazca en castigar y afligir á sus hijos, ¿cómo el Señor nos hace experimentar terribles desgracias? ¿Qué significan esas enfermedades contagiosas que diezman de vez en cuando los pueblos? ¿Por qué hombres que han vivido en la mayor opulencia, nadando en la abundancia, empiezan á experimentar contratiempos hasta verse reducidos á la mayor miseria? ¿Por qué aquella madre, que amaba tiernamente el fruto de sus entrañas, que era el objeto de sus complacencias, tiene el sentimiento de verle arrebatado por una temprana muerte? ¡Ah! Que Dios se vale de estos medios, para que reconociendo el hombre su pequeñez y su miseria, le busque, y llorando ante él sus extravíos, empiece una vida verdaderamente cristiana.

¿Deseáis pecadores, salir de vuestro infeliz estado

que os ha colocado á las puertas del infierno? Buscad á Jesucristo con la fé y la constancia con que le buscaron los santos Reyes. No teneis que atravesar áridos desiertos, que padecer las molestias consiguientes á un dilatado viaje, ni tampoco que abandonar vuestra pátria: purificad vuestra conciencia, lavaos en la saludable piscina de la penitencia: acercaos despues á la sagrada mesa y habreis hallado á Jesucristo: él vivirá con vosotros, se unirá á vosotros por medio de la comunión, como dos trozos de cera derretidos al fuego, los cuales se identifican y se convierten en una misma cosa, segun la espresion de San Cirilo de Alejandría. Pero nada adelantareis si dejais en seguida enfriar el fuego de vuestra caridad. Los santos Reyes luego que supieron que era Belén el lugar señalado por el profeta para que en él se verificase el nacimiento del Mesias, corren presurosos hasta tener la dicha de encontrarle. ¡Qué gozo inundó sus almas cuando vieron aquel tierno infante, en el que iluminados por luz superior reconocieron que habitaba corporalmente toda la plenitud de la Divinidad! A su presencia, depusieron sus diademas, adorándole rostro en tierra. ¿No es, mis amadísimos hermanos, el mismo Jesucristo que los santos Reyes adoraron el que tenemos nosotros realmente presente en el Sacramento de nuestros altares? ¡Cuán poco nos aprovechamos de su Real presencia! ¡Qué distancia tan inmensa advierto entre la fé de los santos Reyes, y la indiferencia de muchos cristianos! ¡Qué lecciones tan importantes y que ejemplos tan admirables encontramos en los primeros adoradores del Salvador! Postrados estos ante el infante Jesus y abriendo sus tesoros le ofrecieron en dones, oro, incienso y mirra. Preciosos fueron estos dones; pero á

los ojos de aquel que es dueño absoluto del cielo y de la tierra, su devoción, su fé, la caridad que los guiaba fueron los dones de mas valor. Asi el Señor en recompensa derramó sobre sus corazones los mas preciosos dones de su gracia.

La purísima Virgen que por virtud del Espíritu Santo habia concebido y dado á luz el Salvador, y el bendito Patriarca San José, fueron tambien objeto de veneracion para los santos Reyes. De aqui debemos aprender que no podemos honrar debidamente al Hijo sin profesar amor á la Madre. Por María podemos encontrar á Jesus que es la verdadera vida y conseguir la salud en el Señor (1).

Ahora bien, M. A. O. si tan fácil nos es buscar á Jesucristo no nos detengamos; busquémosle en su Santo Templo y en el testimonio de una conciencia tranquila. Postrémonos á sus piés y ofrezcámosle el don de nuestros corazones: no son ricos presentes de la tierra lo que nos ha de hacer agradable á sus divinos ojos, son sí las virtudes cristianas: contemplémosle en su cuna, y al verle en la mayor pobreza y humildad comprenderemos que viene á destruir el reinado de la soberbia, y á inauguar el hermoso y feliz de la caridad. La caridad, pues, el verdadero amor sea el que nos conduzca á su presencia; el amor el que nos haga permanecer á su lado, y hacernos acreedores á recibir sus beneficios.

Jesucristo que para redimirnos del pecado á fuerza de tormentos y de una muerte ignominiosa descendió del cielo á la tierra, nos llama á sí deseoso de nuestra salvacion. El mundo tambien nos llama. Ved dos se-

(1) Qui me invenerit, inveniet vitam, et hauriet salutem á Domino. Prov. cap. VIII. v. 35.

ñores que quieren dominarnos. ¿Quién tendrá más derecho á la posesion de nuestro corazon? ¿El mundo que nos ofrece en recompensa de nuestra fidelidad á él, placeres que se disipan como el humo, bienes caducos y perecederos que hemos de abandonar con la muerte, ó Jesucristo que dió su vida por nosotros, y que nos ofrece en recompensa de nuestro amor, y fidelidad á las promesas que hicimos en el santo Bautismo, la posesion de su gloria? No creo que titubeareis en la eleccion. Esto no obstante, causa desconsuelo el ver una multitud de cristianos que cerrando sus oidos á los llamamientos de Jesucristo, siguen sin titubear las sendas del error por donde les llama el mundo.

Lo que acabo de decir no es para mí un fenómeno inesplicable. Conozco las causas y las deploro. Apóstoles del error trabajan con asiduidad por apartar la sociedad cristiana de su cabeza y centro que es Jesucristo. Una nueva secta llamada socialismo, que tiene por objeto destruir la misma sociedad aparentando defenderla, dice al hombre «tú no eres responsable de tus actos, sino la sociedad de que formas parte ó de la que eres miembro: el individuo no puede ser malo ni bueno, porque el único responsable es la sociedad; así como es colectivo el deber, lo es tambien la responsabilidad.» ¿Qué podrá esperarse de una juventud educada con estas perniciosas máximas tan contrarias al Evangelio? El jóven á quien se haga creer que no es responsable de sus actos, ¿se hallará dispuesto á negar ningun capricho á su corazon? ¿Se parará en los medios por criminales que sean para adquirir poder ó riquezas? No hay uno solo entre los filósofos y legisladores de la antigüedad, Aristóteles, Sócrates, Platon, etc., que no reconozcan preceptos y deberes

personales. El mismo Koram, establece las fórmulas de su moral sobre leyes individuales; ¿pero qué necesidad tenemos de acudir al testimonio de los filósofos antiguos? Somos cristianos y nos basta oír á Jesucristo, Maestro y Legislador supremo que nos enseña que cada individuo es responsable de sus actos ante Dios y aun ante la misma sociedad, y por eso ofrece premios eternos al que practique el bien, y castigos de igual duracion al miserable protervo.

Hijos de la Iglesia; no olvidéis que Jesucristo es la *verdad* como ha testimoniado de sí mismo (1). Fuera de su doctrina no encontrareis otra cosa que falsedad y engaño. Cuando los enemigos de Dios y de la sociedad os llamen así, cerrad vuestros oídos á sus halagos, y no os dejéis seducir, porque en este caso labrais vuestra perdicion eterna. La razon humana pretende erigirse en diosa del universo, disputando su imperio á la fé: hombres engreidos por una ciencia de perdicion tratan de arrastrar la sociedad á una funesta anarquía asi en el orden religioso como en el político. Huid de estos lobos que se presentan cubiertos con piel de oveja. Jesucristo desea vuestra salvacion y os llama, acudid á él con presteza: no os detengais contemplando la seductora decoracion de los placeres mundanos, y al volver las espaldas á la seductora Babilonia de los enemigos de Dios, no cometais la imprudencia de la mujer de Lot al abandonar la pecadora Pentápolis: quiero decir que vuestra resolucion de buscar á Jesucristo y seguir su doctrina salvadora sea pronta y verdadera. Bastóles á los santos Reyes ver la estrella para seguir con prontitud su rumbo, deseosos de ver

(1) Ego sum veritas. Joan. cap. XIV, v. 6.

y de adorar á Jesucristo; atended pues vosotros á la misteriosa estrella de la inspiracion divina, y á ejemplo de aquellos gentiles no paremos hasta encontrar á Jesucristo, adorándole en espíritu y verdad. ¿Y qué podrá faltarnos si poseemos al Salvador? ¡Ah! Que por mas que el mundo con sus atractivos, el demonio con su seducción, y nuestras pasiones con sus combates, traten de precipitarnos al abismo de la culpa, siempre seremos vencedores; porque si nada somos, si nada valemos ni podemos por nosotros mismos, lo podemos todo en Jesucristo, y con el auxilio de su gracia, como decia oportunamente el apóstol San Pablo.

Y vosotros santos Reyes, que tuvisteis la dicha de postraros ante la cuna del divino Infante Jesus, adorándole en espíritu y en verdad, y ofreciéndole con los preciosos dones terrenos los mas preciosos de vuestra fé y vuestra caridad, rogad por nosotros ante su divino acatamiento, á fin de que acudiendo á imitacion vuestra á su llamamiento, nos hagamos acreedores por nuestra fidelidad en servirle, y observar sus preceptos, á que nos conceda sus divinos auxilios, con los cuales atravesaremos á pié enjuto el proceloso mar de las pasiones mundanales, y que despues de haberle amado y servido en la tierra, tengamos en vuestra compañía la inestimable dicha de continuar su alabanza y adoracion por toda la eternidad en la Gloria. Amen.